

El Otoño del Premiado

por Jorge Herralde

UNO de los temas de moda de los suplementos literarios y las revistas culturales de este otoño (aparte de las socorridas especulaciones sobre grandezas y miserias del cuento) parece ser el de los premios.

El pretexto ha sido quizás la antelación de los pronósticos del Premio Planeta. Semanas antes, se daba por descontado que la ganadora y el finalista serían, respectivamente, Carmen Posadas y José María Mendiluce. Un tándem, por cierto, mediáticamente tan perfecto que hay que quitarse el sombrero (el sombrero de saludar a los *best-sellers*): posiblemente batirán todos los récords del Planeta, que ya es mucho decir.

Tal vez sea este el momento de escribir un par de folios sobre el Premio Herralde. Dieciséis convocatorias permiten un análisis de su trayectoria, de sus resultados.

La hipótesis fundacional, cuando se convocó en 1982, fue la posible existencia de una narrativa española aún ignota después del páramo de los años 70, marcados por el imperio de la Teoría, el Texto, del más escarpado Experimentalismo.

En otros países europeos, víctimas también durante años de tales anorexias, se había producido la eclosión de una nueva generación de novelistas, desde la estupenda literatura británica (que se había liberado del corsé de las peripicias *middle class*), gracias a autores como Martín Amis, Graham Swift, Julian Barnes o el

último premio Booker, Ian McEwan, o escritores tan vivificantes como Kazuo Ishiguro o Hanif Kureishi, hasta los *emergenti* italianos, posiblemente con más ruido que nueces, pero que propiciaron figuras tan indiscutibles como Antonio Tabucchi y Gesualdo Bufalino.

¿Por qué tan prometedores hallazgos no podían extrapolarse a la literatura española? El resultado, feliz resultado, es que lo que se denominó «nueva narrativa española» existía, aunque todavía agazapada, y que un buen número de sus componentes se ha ido presentando al premio, a lo largo de esos años.

La gran mayoría de los galardonados, por cierto, tiene un perfil similar: escritores excelentes, poco conocidos y comercialmente más o menos (o muy) malditos. Veneno para la taquilla, como decían en Hollywood.

El ganador de este año, el chileno Roberto Bolaño, coincide con tal perfil. Sus dos libros anteriores, *Estrella distante* y *Llamadas telefónicas*, pese a contar con reseñas excelentísimas de primeros espadas de la crítica —Ignacio Echeverría, Juan Antonio Masoliver Ródenas, Joaquín Marco, Fernando Valls, entre otros— vendieron poco más de unos centenares de ejemplares de cada título en España, y otros tantos en América Latina.

Por cierto, en Chile, donde no había puesto los pies desde el golpe de Pinochet, y era prácticamente un desconocido, Bolaño ha sido una inesperada revelación. Nuestro viejo amigo Jorge Edwards lo ha saludado como uno de los grandes descubrimientos

de la década, e incluso, según he leído, los *cognoscenti* han establecido dos bandos: los partidarios de Bolaño y los de Allende & Sepúlveda.

En *Los detectives salvajes*, Roberto Bolaño acentúa, si cabe, la radicalidad literaria de su propuesta, ahora, además, en formato mamut: más de seiscientas páginas. Un apasionante *tour de force*: enorme curiosidad ante la respuesta de los lectores.

En cualquier caso, quiero manifestar mi confianza y la de los miembros de un jurado ejemplar en la altísima calidad de Roberto Bolaño, y confío en que, a partir de ahora, dicha convicción será compartida por más lectores, al igual de ha pasado en convocatorias anteriores. Una de las mayores alegrías que nos ha dado el Premio ha sido comprobar que bastantes de sus ganadores pese al pésimo historial de ventas de sus libros anteriores se han consolidado entre los mejores novelistas de nuestro tiempo, tras la concesión del mismo.

Como ejemplo, cuatro de ellos —Alvaro Pombo, Javier Marías, Miguel Sánchez-Ostiz y Antonio Soler— han obtenido el Premio de la Crítica, y Pombo, además, el Premio Nacional de Narrativa, por no hablar de las numerosas traducciones.

Y regresando a Roberto Bolaño, le diría también al posible lector que no se arrugara ante la inusual extensión de su novela o ante el *overbooking* de poetas que comparecen en el libro: *Los detectives salvajes* posee una milagrosa legibilidad.